

Automedicación

Julio G. Pesina*

Eran las tres de la tarde y no había cocinado nada, afortunadamente Rubén había llamado para avisarle que llegaría hasta las siete y, francamente, tampoco tenía interés alguno en preparar la cena. Aunque no estaba enferma, tampoco se sentía del todo bien; el cerebro la importunaba de vez en cuando con unas latidas muy sutiles, quizá era el efecto de la pereza en la que se sumió durante el día. Pantuflas, bata y el pelo revuelto, arrastró los pasos entre los trastos y los residuos

del almuerzo que Rubén se preparó por la mañana, seguramente era otro fracaso culinario porque Ágata estaba sobre la mesa, escribiendo figuras aéreas con su cola y exigiendo su propia comida con ese aire de superioridad que sólo los gatos son capaces de manifestar. Ella la ignoró con esa mezcla de culpabilidad e indiferencia que sólo las mujeres son capaces de expresar.

Llegó hasta la cocina integral y empezó a revolver los cajones; desde niña se había acostumbrado a utilizar la alacena como botiquín; entre las cajetillas de cerillos y sobres de *Kool-aid* había un extenso surtido de medicamentos vigentes y caducos: antigripales, analgésicos, antidiarreicos, una caja casi llena de aquella maravilla reductiva que resultó un rotundo fraude y las vitaminas de Ágata. ¿Quién demonios puso esto aquí?, dijo entre sonrisas cuando descubrió la envoltura de un con-



dón entre las medicinas. Seguro había sido ella misma. Rompió la envoltura con los dientes y empezó a extender la fina pieza de hule con total parsimonia, casi litúrgica; luego la sostuvo a la altura de los ojos, como si intentara encarar en ella a un poderoso tirano y al mismo tiempo descubrir los puntos débiles de su opresor. Su mirada y el látex estuvieron entrelazados hasta que en ambos se extinguió el último rastro de humedad pero fue inútil, lo único que consiguió fue que se agudizaran las latidas en su cerebro.

Aquella no era una cefalea normal, no era el típico dolor de cabeza al que se puede engañar apretándose las sienes o la frente, extrañamente sentía las punzadas en la parte alta de la cabeza y no en los costados, como debía ser. Además, no sabía por qué pero sentía cierto temor de palparse la parte que le dolía. Escogió al azar dos analgésicos distintos y se los empujó con un trago de refresco dietético. Si es sin calorías, es bueno, murmuró entre risas.

Cuando regresó a la recámara se tiró sobre las sábanas revueltas, entonces le pareció demasiado lejana la última vez que las había visto así; últimamente la cama se arrugaba menos de lo que ella quisiera. La piel se le erizó por completo y trató de convencerse de que era una sensación de frío; metió las manos en las bolsas de su bata y se topó con el condón. Cuando quiso poner en orden sus ideas ya estaba empapada en su propio llanto.

Era inútil disimularlo; había una crisis en su vida conyugal que los estaba llevando a los peores niveles de la indolencia. Repasó mentalmente las veces que Rubén no había llegado a comer y volvió a estallar en sollozos.

Las punzadas se habían vuelto cada vez más sutiles y esporádicas hasta que desaparecieron por completo, pero entonces comenzó el cosquilleo en los dedos de las manos y los pies, luego la sangre le empezó a bullir como si se hubiese contagiado toda ella con el hormigueo de sus dedos. Se levantó de la cama con un optimismo que le pareció fuera de lugar. Es hora de poner orden, repetía una y otra vez, en voz alta y en silencio; aunque en realidad no sabía bien lo que significaban sus propias palabras. Arregló la recámara con extraordinaria agilidad, se cambió de ropa y se sentó frente al espejo; pasó el cepillo una vez y otra por su melena alborotada. De pronto el cepillo resbaló de sus manos y los ojos se le hincharon en tanto llevaba la mano a la boca; en su cabeza había dos protuberancias que empezaban a sobresalir entre los cabellos.

Por su mente desfilaron vertiginosamente cada uno de los días que había pasado con Rubén, desde que lo conoció en la preparatoria hasta que se despidió de él por la mañana. El grito que se atoró en su garganta fue reduciéndose hasta convertirse en un lamento demasiado débil: ¡No es posible!

Aquello no podía ser lo que estaba pensando, seguramente era alguna rara enfermedad, podían ser tumores o quizá sobrehuesos. ¡Claro!, tenían que ser deformaciones óseas como las de la mujer ésa que aparecía en las fotos insólitas de la Internet. En ese momento volvió a sonar el teléfono. Rubén llegaría más tarde porque le surgió una cena con el Director, así que no vendría a cenar. La voz de Rubén continuó sonando en la alfombra, pero no obtuvo respuestas, su esposa seguía mojado la almohada, apretándose con ambas manos las prominencias de su cabeza. Los minutos se fueron sucediendo igual que los maullidos de Ágata detrás de la puerta, la luz del día acabó de escaparse por la ventana sin que ella lo notara. De pronto la puerta se abrió y las luces se encendieron. Rubén había cancelado la cena con su jefe argumentando una posible emergencia en casa.



Tontita, no tienes nada, le repetía cariñosamente él mientras le alisaba la cabeza que, en efecto, no presentaba abultamiento ninguno. La estuvo acariciando y mimando por largo tiempo, la ternura fue cediendo terreno a la pasión hasta que terminaron envueltos en una enardecida entrega que se prolongó durante toda la noche ante la vigilante mirada de Ágata.

Al día siguiente Rubén se fue al trabajo luego de desayunar con ella; se despidieron en la puerta con un beso superior a los de su noviazgo. Ella se encaminó hacia la cocina seguida por la gata; sacó de los cajones todos los medicamentos y los tiró a la cañería. Fue hacia la recámara para recoger los estropicios del día anterior y se quedó contemplando satisfecha la cama revuelta. La ropa estaba en el piso. Fue recogiendo una a una las prendas de Rubén y previo a depositarlas en el cesto de la ropa sucia se las ponía en el rostro para aspirar su olor mientras seguía observando la cama como quien admira su trofeo preferido. Estaba oliendo la camisa cuando descubrió la tarjeta. "Te espero", decía en letras doradas con una caligrafía perfecta, y estaba firmada por "Alondra".

Entonces volvieron las punzadas, pero con una intensidad que taladró sus sentidos. Se llevó las manos a la cabeza para constatar cómo iban creciendo aquellas protuberancias huesudas.

*Ciudad Victoria, Tamaulipas, 1973. Licenciado en Ciencias de la Educación, con especialidad en Ciencias Químico-Biológicas por la Universidad Autónoma de Tamaulipas; trabaja como docente de Ciencias Naturales en el Colegio de Bachilleres de Tamaulipas (COBAT) desde 1995. Ganador del Premio Nacional de Cuento Joven Julio Torri 2002 con el libro *Que los muertos vivan en paz* (Fondo editorial Tierra Adentro, 2003). Actualmente combina su trabajo como Director del Centro de Educación Media Superior a Distancia No. 9, en Oyama, Tamaulipas, con tareas de promoción cultural y coordinador de talleres de teatro.